

ESCEPTICISMO Y EPISTEMOLOGÍA NATURALIZADA *

Rodrigo González
Universidad de Chile

“...Y los escépticos, especie de nómadas que detestan toda clase de obra que sobre el suelo aparezca sólida, demolían lentamente estas fortalezas metafísicas”.

Immanuel Kant (Prefacio a la 1ª edición de *La Crítica de la Razón Pura*).

1. Introducción

RE El escepticismo parece ser parte inseparable de la actividad filosófica. De hecho es tan antiguo como la filosofía, puesto que parece una cuestión inherente a la generación de conocimiento su puesta en duda y sometimiento a crítica. Metafóricamente hablando, la filosofía es el vino en la copa; el escepticismo es el pedazo de corcho que flota en el vino. Quien pretenda que existe conocimiento –quien pretenda beber vino de la copa–, debe con necesidad combatir mediante argumentos al escepticismo –debe sutilmente sacar el pedazo de corcho de la copa. Muchos filósofos han intentado tomarse el vino de la copa, otros en cambio, se empeñan en echarle pedazos de corcho. Esto queda de manifiesto a través del constante debate entre aquellos filósofos que buscan justificar el conocimiento y los que afirman la imposibilidad de tal justificación y, por tanto, adscriben al escepticismo.

Pero, ¿qué significa ser escéptico? ¿Qué es el escepticismo? La postura escéptica puede caracterizarse someramente como una actitud pesimista respecto a la posibilidad de existencia del conocimiento y de su eventual justificación filosófica. Esto da origen a dos versiones escépticas posibles: una primera versión afirma que todo conocimiento es pura apariencia e ilusión, ya que la mutabilidad de las cosas hace imposible conocer la esencia de éstas. Esta postura, característica del pensamiento filosófico antiguo, propone que, ante la imposibilidad de alcanzar conocimiento, lo mejor es optar por una vida crítica, contemplativa y moderada, opuesta a la altanería y soberbia de quienes supuestamente ostentan la sabiduría. Otra versión escéptica, propia del mundo moderno, propone que el conocimiento es imposible debido al carácter limitado, finito e imperfecto de la naturaleza humana. Así, el conocimiento solo se circunscribe al ámbito fenoménico; no es posible conocer más allá de este

Este artículo forma parte del proyecto de investigación “Escepticismo y Epistemología Naturalizada”, financiado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

ámbito, en tanto es imposible trascender las barreras y limitaciones del sujeto cognoscente. En consecuencia, es propio del escepticismo el pensamiento de que es imposible conocer, ya que si algo pudiese conocerse, de todas formas no podría saberse con certeza.

Stroud (1984) explora la importancia y significación alcanzada por el escepticismo en la filosofía contemporánea. Dada la importancia y consolidación de la ciencia durante el siglo XX, este filósofo afirma que el escepticismo cambia ligeramente sus bases teóricas, cuestión que queda manifiesta en el siguiente argumento: todo lo que se aprehende por medio de los sentidos es compatible con un sinnúmero de hipótesis acerca de lo que sucede *más allá* de los datos sensoriales. A pesar de que se sabe que *hay algo allá afuera*, no es posible establecer cuál hipótesis es correcta respecto a la naturaleza de lo que hay más allá del sujeto cognoscente.

El análisis del escepticismo contemporáneo efectuado por Stroud muestra variadas propuestas de solución elaboradas por connotados filósofos. Este artículo, sin embargo, no abordará tales propuestas, sino que indagará críticamente las posibilidades de refutación del escepticismo por parte de la epistemología naturalizada. Esta propone la naturalización como base necesaria para justificar el conocimiento y, ulteriormente, derrotar al escepticismo. Esto implica que la investigación acerca de la justificación del conocimiento no puede ser solo a priori, sino que debe incluir los aportes teóricos de la ciencia.

Debido a la nueva perspectiva que plantea la epistemología naturalizada con respecto a la justificación del conocimiento y derivadamente al problema del escepticismo, se revisarán los supuestos más importantes que entraña esta corriente epistemológica. A partir de lo anterior, se determinarán las posibilidades de éxito de la epistemología naturalizada para derrotar al escepticismo.

El análisis crítico de la posición de Quine, quien pretende reemplazar la epistemología por la psicología experimental, muestra que por este camino no es posible derrotar el argumento radical del escepticismo, puesto que el escéptico, mediante reducción al absurdo, es capaz de invalidar los argumentos descriptivos científicos de adquisición de creencias. A su vez, la revisión tanto del *confiabilismo* de Goldman, como de la teoría de Fodor acerca de los experimentos, muestra que una refutación del escepticismo desde la perspectiva de la epistemología naturalizada permite la concepción de contraejemplos a los mecanismos causales de generación de creencias. Es decir, es posible plantear casos en que causalmente se generen creencias que parecen perfectamente justificadas en tanto aluden a procesos confiables y, sin embargo, son falsas. Las dudas semánticas que suscitan estos contraejemplos revelan que difícilmente la epistemología naturalizada puede proponer una teoría de la creencia verdadera justificada sin apelar a algún tipo de argumento ontológico, cuestión que permite nuevamente la entrada en escena del escepticismo.

En consecuencia, se intentará demostrar que la misión emprendida por la epistemología naturalizada es correcta, al menos en lo que respecta a la integración de la ciencia experimental como base necesaria para justificar el conocimiento. No obstante, la participación de la ciencia y de las disciplinas que colaboran con explicaciones

descriptivas acerca del conocimiento, a pesar de ser iluminadoras, no son suficientemente contundentes para derrotar al escepticismo. Dadas las dificultades de la epistemología naturalizada es posible concluir que el enfrentamiento de este problema es una cuestión práctica que no puede ser resuelta en términos estrictamente científicos, sino que involucra un debate metafísico a priori. Tal debate, propio del ámbito de la filosofía, genera posiciones metafísicas, cuya aceptación o rechazo derivan en una decisión pragmática.

2. *El giro de la epistemología naturalizada*

La epistemología tradicional y la epistemología naturalizada parten desde un punto de vista radicalmente distinto en lo que concierne a la justificación del conocimiento. La primera, que sigue la línea clásica impuesta desde Platón en adelante, considera que el conocimiento se opone a la opinión y al dogma, por lo que no puede ser concebido como creencia. La epistemología naturalizada, en cambio, apelando a la tradición filosófica analítica (Chisholm 1977), afirma que para determinar si alguien conoce algo, se debe establecer, por una parte, cuáles son sus creencias; por otra, se debe indagar si éstas coinciden con lo que sucede en el mundo y, por lo tanto, si es justificado sostener tales creencias. La epistemología del siglo XX debatió ampliamente bajo qué criterio una creencia era justificada. Para alcanzar el estatuto epistemológico de justificación, una creencia debía satisfacer una cantidad finita de condiciones necesarias y suficientes. Las condiciones de satisfacción, estipuladas mediante el criterio, conformaban la definición de conocimiento. El constante planteamiento y refutación de criterios epistemológicos basados en condiciones necesarias y suficientes, llevó a que este debate se convirtiera, de acuerdo con el análisis de Stich (1990, p. 3), en *el más grande bostezo de la epistemología contemporánea*. Este bostezo motivó la crítica de Gettier (1963) a toda definición de conocimiento basada en condiciones necesarias y suficientes. Con ello quedó sentada la necesidad de replantear nuevas bases para la justificación del conocimiento, cuestión que, a su vez, promovió la naturalización de la epistemología (Quine 1969).

El giro epistemológico emprendido por Quine consiste en la reformulación del rol de la epistemología y las tareas a las que ésta se debe abocar. Según este filósofo, la epistemología debe dejar de soñar con la reconstrucción racional del conocimiento científico a través de la reducción de las teorías a datos sensoriales y leyes inferenciales. Por el contrario, la epistemología debe convertirse en un capítulo más de la ciencia, en particular, en un capítulo de la psicología experimental. De este modo, se debe abandonar la propuesta a priori de condiciones necesarias y suficientes que definan cuándo existe conocimiento para concentrarse en el estudio científico descriptivo de cómo se alcanza conocimiento. Esta nueva investigación epistemológica, en que el hombre es considerado como sujeto humano físico en un ambiente controlado, elucida cómo se genera conocimiento a partir de la estimulación de las superficies sensoriales del organismo, esto es, cómo a partir de ciertos *inputs* magros de información se genera un *output* torrencial, una creencia o un conjunto de éstas.

La psicología, en este sentido, no es parte de las ciencias que deben ser justificadas, tal como la antigua epistemología proponía, sino que tiene como rol central la explicación externalista y causal de la adquisición y justificación de creencias. Como consecuencia de lo anterior, la epistemología naturalizada desdeña el argumento de la epistemología tradicional de que es circular citar a la ciencia y la evidencia científica para llevar a cabo la justificación del conocimiento científico. Por el contrario, la epistemología debe adquirir una perspectiva naturalista retroalimentándose con los aportes que la ciencia pueda aportar. Según Quine, tal tesis ya había sido vislumbrada por Neurath, quien, en su metáfora acerca de la ciencia afirma que *el marinero debe construir el bote mientras rema en éste* (Neurath 1932). Esta metáfora indica que todos los problemas ligados al conocimiento, incluido el de la justificación de éste y el problema del escepticismo, deben ser abordados por la propia ciencia. Quine considera respecto de este último punto que la duda es producto y consecuencia de la adscripción a una determinada teoría. No puede existir duda sin que haya una creencia previa.

A juicio de Quine, el nuevo enfoque naturalizado de la epistemología es capaz de resolver una serie de problemas que habían adquirido un carácter endógeno en la antigua epistemología, tales como el problema de los enunciados protocolares, el indeterminismo de las sensaciones, la existencia del mundo externo, etc.¹ La incapacidad de resolución de estos ocurría debido al rol prioritario que desempeñaba la consciencia. El punto de vista de la epistemología naturalizada, en cambio, en la medida en que aborda el problema acerca de la justificación del conocimiento en términos puramente físicos de *inputs* y *outputs*, deja totalmente de lado la consciencia. Esta

¹ Todos estos son considerados por Schlick (1932/33). El problema del *indeterminismo de las sensaciones* surge a raíz de las dificultades de considerar las sensaciones como información de base para la justificación intersubjetiva del conocimiento. De hecho, la filosofía tradicional considera que es imposible la comparación entre los estados cualitativos sensoriales de dos sujetos distintos. Por ejemplo, ante una hoja de color verde resulta imposible que el verde del observador 1 sea comparado con el verde del observador 2. Sin embargo, Schlick afirma que el problema se soluciona, ya que las reacciones conductuales son las únicas instancias capaces de dar cuenta de una posible diferencia cualitativa entre dos observadores.

El problema de los *enunciados protocolares* consiste en el intento de fundamentación del conocimiento a través de enunciados que apelen a circunstancias empíricas, es decir, cuya evidencia sea pública. Estos servirían, por lo mismo, para justificar el resto de los enunciados científicos.

Los enunciados protocolares son concebidos por Neurath (1932) de la siguiente forma: "El sujeto NN tiene la percepción de X en un tiempo *t* y una circunstancia *s*". Dada la forma lógica de estos enunciados se suscitaba el problema de que, por una parte, aludían a la percepción pasada de un sujeto; por otra, la experiencia involucrada en el enunciado debía ser repetible por cualquier sujeto en orden a justificar racionalmente los experimentos. A pesar de las correcciones implementadas por Schlick (1934) la esencia del problema de los enunciados protocolares no logró ser resuelto por el empirismo lógico.

Por último, la cuestión acerca de la existencia del mundo externo, que clásicamente promovió la aparición del idealismo y del realismo metafísico, fue catalogada por los empiristas lógicos como un pseudoproblema a la luz del criterio de significación implementado por Schlick y Carnap (1932).

última afirmación es coherente con otra tesis quineana, a saber, la adquisición de creencias es parte del mecanismo natural de adaptación al ambiente. En efecto, la manera en que se alcanzan creencias está respaldado por el éxito del proceso evolutivo. Por lo mismo, las creencias verdaderas poseen valor para la supervivencia de la especie, pues mediante éstas se logra dominar el ambiente.

Kornblith (1994, 1-3) propone, coincidiendo con Quine, que se requiere una reformulación total de las preguntas esenciales de la epistemología. Tradicionalmente ésta se ha planteado las siguientes preguntas:

- 1) ¿Cómo deberíamos llegar a nuestras creencias?
- 2) ¿Cómo, realmente, llegamos a nuestras creencias?
- 3) ¿La manera en que llegamos a nuestras creencias es la manera en que deberíamos llegar a éstas?

La primera pregunta es formulada por la epistemología tradicional. La segunda ha sido abordada por la psicología. La tercera, finalmente, es la que se plantearía la epistemología naturalizada.

Como puede apreciarse, la primera pregunta posee un sesgo normativo, que, a juicio de Kornblith, es una pregunta análoga a la que hace la ética normativa: ¿cómo deberían actuar las personas? Sin embargo, tal como señala Gettier y como intenta mostrar este artículo, siempre es posible proponer alguna clase de contraejemplo que muestre la insuficiencia de un criterio normativo expresado mediante condiciones necesarias y suficientes.

El debate entre *fundacionalismo* y *coherentismo* representa un ejemplo de la incapacidad de justificación del conocimiento basado en criterios normativos. El fundacionalismo busca retrotraer toda creencia a un conjunto de creencias básicas que no requieran ulterior justificación, esto es, un conjunto de creencias que, por el solo hecho de poseerse, sean verdaderas y justificadas. Todas las demás creencias deberían relacionarse de manera directa o indirecta con las creencias incorregibles mediante reglas de inferencia. El coherentismo, por otra parte, propone que deben existir ciertas reglas de inferencia a través de las cuales es posible justificar cualquier creencia. Por ello cualquier creencia por justificar se debe encontrar en perfecta coherencia con el sistema de creencias en la que está inserta. De esta manera, de acuerdo con la visión coherentista, las reglas inferenciales, que establecen las relaciones de coherencia entre creencias, son más importantes que estas mismas. Ante los argumentos del coherentista, el fundacionalista responderá que es posible que una creencia descabellada se encuentre en perfecta coherencia dentro de un sistema de creencias. Por otra parte, el coherentista objetará al fundacionalista que no existen creencias incorregibles y que toda creencia debe establecer lazos inferenciales con otras creencias. Por consiguiente, el debate entre ambas posiciones funciona de manera análoga a una *antinomía kantiana*, es decir, no es posible aceptar una posición de manera definitiva y refutar la contraria, ya que ambas posiciones se encuentran en un statu quo argumentativo.

Dados los problemas inherentes a los criterios normativos, tal como muestran Gettier y Kornblith, a juicio de este último, para lograr el objetivo de la epistemología se requiere del giro implementado a ésta por Quine, es decir, el abandono de la justificación a priori del conocimiento. En su reemplazo se debe proponer una justificación descriptiva del conocimiento, que apele a la psicología como disciplina pertinente y necesaria en la explicación de cómo es posible la creencia verdadera justificada. No obstante, el giro emprendido por la epistemología naturalizada y el papel asignado al rol descriptivo de la psicología varía entre los propios epistemólogos naturalizados.

Todos ellos coinciden en que la segunda pregunta es más importante que la primera, es decir, la epistemología naturalizada debe centrarse en cómo se alcanzan las creencias. La importancia y profundidad de la segunda pregunta respecto de la primera genera varias posturas naturalizadas posibles. La primera, adoptada por Quine, es conocida como *tesis del reemplazo*: la epistemología debe ser un capítulo más de la ciencia, por lo que debe utilizar todas las herramientas explicativas de ésta para justificar el conocimiento y, derivadamente, resolver el problema del escepticismo. Sin embargo, ¿es necesario suscribir la tesis del reemplazo para justificar el conocimiento y refutar el escepticismo? ¿La epistemología debe necesariamente ser absorbida por la psicología? ¿Significa el psicologismo duro de Quine el fin de la epistemología como actividad filosófica y su entrega definitiva al ámbito de la ciencia? No necesariamente, ya que es posible que la epistemología justifique el conocimiento con los aportes de la evidencia empírica y no por ello deba pagar el precio de convertirse en un simple capítulo de la psicología. Kornblith, a este mismo respecto, propone que la psicología puede complementarse con la epistemología, generando una versión psicologista *débil*. En todo caso, a pesar del rol protagónico o secundario que tenga la psicología en su justificación del conocimiento, una cuestión resulta clara: cualquier filósofo que emprenda la batalla argumentativa en contra del escepticismo debe necesariamente tomar en consideración la labor de la psicología y de todas las disciplinas abocadas al estudio de la cognición humana. Esta posición, denominada por Kornblith *psicologismo de estadio*, implica que los procesos mediante los que se llega a determinadas creencias comparten el mismo estadio con los procesos por los que se debería llegar a éstas. Por tal motivo, sugiere que la labor de la epistemología debe responder la tercera pregunta y no la segunda, tal como pensaba Quine.

3. La generación de creencias mediante procesos causales confiables

La visión quineana de la epistemología, revolucionaria y novedosa en tanto defiende la eliminación de la epistemología por parte de la psicología, es criticada por varios epistemólogos naturalizados. Entre ellos destaca Kim (1988), quien afirma que la labor de la epistemología quedó demarcada por la pregunta efectuada por Descartes en la *Primera Meditación Metafísica*: ¿cómo es posible justificar las creencias? Esta, aplicada al contexto de la epistemología naturalizada, inquiere por la relación de evidencia que existe entre el *input* magro y el *output* torrencial.

Por ello, de acuerdo con la teoría de Kim, no es posible evitar que la epistemología justifique desde una perspectiva solo normativa el conocimiento. La justificación de creencias implica con necesidad la evaluación normativa de las mismas, esto es, se debe evaluar qué creencias se encuentran justificadas a partir del *input* magro. Solo después de esta evaluación es posible hablar de creencia verdadera justificada. Queda claro, así, que el conocimiento es en sí una noción normativa que, empero, está formulada a través de condiciones de justificación expresadas mediante términos naturales. Esto último muestra que el análisis de la epistemología no se agota en la *explicación nomológico causal*, sino que debe ir más allá, indagando por la *relación de evidencia* existente entre *inputs* y *outputs*.

La investigación de los procesos causales por los que se generan creencias verdaderas justificadas debería determinar si existen procesos confiables en la generación de creencias, cuestión que, en palabras de Kim, permitiría a la epistemología *tragarse al escepticismo*. Justamente, Goldman (1979) propone que una teoría de la creencia justificada debe analizar los procesos causales de generación de creencias. Una creencia es verdadera y justificada si y solo si es causalmente generada mediante un proceso confiable. Esta posición es conocida como *confiabilismo*. Al igual que en Kim, una teoría de la creencia justificada debe formularse en términos no epistémicos, esto es, que no consigne términos como *buenas razones*, *base suficiente*, *autoevidente*, etc.

No obstante, Goldman, a diferencia de Kim, quien caracteriza someramente como deberían ser las expresiones no epistémicas, afirma que entre éstas pueden figurar términos doxásticos, metafísicos, modales, semánticos o sintácticos. Ejemplos de este tipo de términos son expresiones como: ‘cree que’, ‘es verdad’, ‘causa’, ‘es necesario que’, ‘es deducible de’ y ‘es probable que’. Una teoría de la creencia justificada debe incluir este tipo de expresiones.

Por otra parte, una teoría de la creencia justificada no determinará cuándo una persona *sabe* que su creencia está justificada, sino que, por el contrario, busca establecer procesos confiables en la generación de creencias. Esto enfatiza aún más el aspecto externalista y causal de una teoría de generación de creencias confiables, la que, además, debe satisfacer tres constreñimientos básicos:

- 1.- Cláusula base: ésta afirma cuándo un sujeto está justificado en creer una proposición.
- 2.- Cláusula recursiva: mediante la satisfacción de esta cláusula se garantiza la generación de nuevas creencias justificadas.
- 3.- Principio de cerrazón: este principio garantiza que la cláusula base sea capaz de establecer correctamente los mecanismos que generan causalmente una creencia verdadera y, de esta manera, se *cierre* el conjunto de creencias que pueden saberse mediante implicación.

Las condiciones antes expuestas deben ser explicativas y reveladoras de los mecanismos que se encuentran implícitos en el funcionamiento causal de la

cognición. Existen varias teorías candidatas desechadas por Goldman (1979, pp. 107-113) debido a que todas permiten la existencia de procesos causales espurios en la generación de creencias. Por lo tanto, las creencias justificadas deberían necesariamente incluir *requerimientos causales* que establecieran cómo un proceso generó una determinada creencia.

Así, el debate se centra en qué clases de causas o procesos de generación de creencias confieren justificación. Para esclarecer esto, recuerda qué procesos no son confiables: el razonamiento confuso, el pensamiento condicionado por emociones, el presentimiento y la generalización apresurada y arbitraria. Todos estos tienden a producir *error* la mayoría de las veces. Procesos confiables son, en cambio, los procesos perceptuales, el recuerdo, los razonamientos lógicos y la introspección. Todos tienen como común denominador la producción de creencias verdaderas la mayoría de las veces.

Supóngase lo siguiente: Pedrito observa al lobo a 30 metros de distancia. Posteriormente, Pedrito observa al mismo lobo a 5 metros, encima de una de sus ovejas. Resulta obvio que el segundo proceso de generación de creencias, en condiciones *ceteris paribus*, será altamente confiable. En el segundo caso, alguien podría afirmar que Pedrito ciertamente *sabe* que viene el lobo. La confiabilidad de los procesos alude a que entre el *input* ambiental y el *output* exista al menos un 80% de probabilidad de que exista la generación de una creencia verdadera. Cabe destacar que no se requiere que las generaciones confiables de creencias otorguen *certeza absoluta*, tal como pretendería Descartes. Por último, la confiabilidad de un proceso depende del *input*, por ejemplo, de si alguien efectúa un razonamiento relacionando las premisas correctas.

Aunque el ancestro causal de las creencias confiables incluye sucesos que acontecen fuera del organismo, Goldman afirma que es preferible que la justificación de creencias apele a los eventos cognitivos que acontecen en el sistema nervioso del organismo. Esto, tal como se analizará en detalle más adelante, representa un claro problema para derrotar el escepticismo. La justificación es una función de la manera en que el sujeto cognoscente se relaciona con el *input* ambiental, es decir, con la corrección o incorrección de las operaciones que registran y transforman las estimulaciones que llegan hasta el organismo. Una creencia justificada es el resultado de operaciones cognitivas correctas y exitosas que ocurren como procesamiento de información por parte del *equipo interno* del organismo. Para efectuar la labor de justificación, se deben hacer cortes temporales en la generación de una creencia, de modo que sea posible reconstruirla históricamente. Esto, por supuesto, no implica la consciencia del creyente de que su creencia está justificada; por el contrario, existen muchas ocasiones en que alguien sabe algo y no es capaz de justificar cómo lo sabe.

Goldman, después de sucesivas revisiones (pp. 118-126) establece que la siguiente cláusula base podría reflejar de mejor manera una perspectiva naturalizada confiabilista:

- (10) "Si la creencia de *S* que *P* en *t* resulta de un proceso cognitivo confiable, y no existe un proceso confiable o condicionalmente confiable disponible para *S* que

hubiese sido usado por *S* en adición al proceso actualmente usado y que hubiese resultado en la no creencia que *P* en *t*, entonces la creencia de *S* en *P* en *t* está justificada”.

Aunque Goldman vislumbra de igual forma algunos problemas modales en este criterio, decide no ahondar en estos. Sin embargo, existe una cuestión que no soslaya y que ciertamente podría constituirse como un argumento en contra de su criterio: el problema de la *disponibilidad de procesos confiables de generación de creencias*. Para ello, distingue entre la justificación de creencias *ex ante* y *ex post*. El criterio expuesto por Goldman considera que la justificación *ex post* ocurre cuando existe una creencia que está justificada porque fue causalmente generada por un proceso confiable de generación de creencias. La justificación *ex ante*, en cambio, sucede cuando no existe o se prefiere ignorar si existe tal creencia en un proceso causal. Goldman propone que su análisis acerca de la justificación de creencias *ex post* es igualmente válido para la justificación *ex ante*, pues alguien está justificado *ex ante* en creer que *P* en *t* solo en caso de que un proceso de formación de creencias esté o haya estado disponible a esta persona, de modo que la aplicación de la operación a su estado cognitivo total en *t* resultaría, más o menos, de manera inmediata, en su creencia que *P* y esta creencia estaría justificada *ex post*.

La teoría confiabilista de Goldman, tal como se presenta, significa un importante avance en la refutación del escepticismo, ya que afirma taxativamente que existen ciertos procesos causales confiables para generar creencias. De hecho, tienen tal característica todos aquellos procesos que producen creencias verdaderas y justificadas en un 80% de las ocasiones. Sin embargo, esto suscita un problema que será abordado en la siguiente sección: ¿cómo es posible establecer que los procesos confiables generan la mayoría de las veces creencias verdaderas si se toma, para la justificación de dichas creencias, solo los eventos cognitivos internos del organismo? Esto sugiere que existe al menos un dilema semántico en la determinación de los procesos causales confiables de generación de creencias, pues se debe tener en cuenta la red causal externa al organismo al ponderar la confiabilidad de un proceso que genera creencias verdaderas o falsas, lo que lleva a evaluar críticamente las posibilidades de éxito del confiabilismo sobre el escepticismo.

4. Experimentos y generación causal de creencias: ¿Es capaz la epistemología naturalizada de tragarse al escepticismo?

A pesar de las dificultades mencionadas en la sección previa, la formulación confiabilista de Goldman de la creencia verdadera justificada ha motivado la aplicación de su teoría a un ámbito considerado modelo en la generación de creencias confiables, a saber, la arena de la experimentación científica.

Fodor (1991), después de revisar y criticar la posición epistemológica que afirma que la observación es la instancia donde ocurre la confirmación teórica, analiza los experimentos científicos desde una perspectiva naturalizada. Estos, de acuerdo con su teoría, son preguntas que los científicos formulan a la naturaleza. Pero, ¿qué

significa formular una pregunta? Alguien formula una pregunta cuando desea conocer algo y se encuentra, por lo mismo, en un estado de *receptividad juiciosa*. El siguiente ejemplo esclarece qué significa estar en un estado de receptividad juiciosa: Juan desea saber la hora, pero no tiene reloj. Se dirige entonces a alguien que tiene reloj y le pregunta cortésmente: ¿Qué hora es? Este último está en una posición cognitiva ventajosa, ya que posee un reloj y Juan no. Por ello es muy probable que le conteste amablemente que son las tres de la tarde si son las tres de la tarde. En consecuencia, Juan será inducido causalmente en condiciones *ceteris paribus*² a creer que son las tres de la tarde. Otro ejemplo: Carolina necesita determinar qué vestido usará mañana, por lo que requiere saber cómo estará el tiempo. Para ello, escucha atentamente el reporte del tiempo de su noticiario preferido. Este le informa que habrá un día soleado radiante con una temperatura máxima de 30° C, por lo que Carolina es inducida causalmente a creer que mañana hará mucho calor y, derivadamente, creará que es conveniente que use minifalda en vez de pantalones. En consecuencia, alguien se coloca en estado de receptividad juiciosa cuando se predispone causalmente a creer que *P* si y solo si es el caso que *P*.

Del mismo modo, los experimentos científicos son ambientes cognitivos en que, si todo va bien, los científicos serán inducidos causalmente a tener la creencia que *P* si y solo si se da *P* como resultado del experimento. Para enfatizar más aún esta idea, Fodor cita un experimento en un laboratorio de psicolingüística que consiste en la medición de variables materiales. En este se pone frente a la pantalla de un computador a un sujeto que debe leer oraciones activas y pasivas. El tiempo de reacción, denominado *nombramiento*, varía entre ambos tipos de oración, pues las oraciones activas son más fáciles de entender que las pasivas. Fodor recalca que en este experimento nadie está observando nada, ya que es un computador el que corre el programa que registra las diferencias entre los nombramientos, puesto que éstas, de milisegundos, son imposibles de registrar por un ser humano.

Con ello Fodor muestra la falsedad de la tesis que postula la necesidad de observación de los datos conclusivos de una teoría. Esta tesis, bautizada por Fodor como el *tercer dogma del empirismo*, esconde una concepción radicalmente falsa de la observación como el lugar en que la teoría y el mundo *se tocan*. El experimento citado por Fodor indica, además, que los datos conclusivos de un experimento son los inductores causales de la creencia que *P* o de cualquier resultado experimental que convenza sobre de la verdad de una determinada teoría si y solamente si se da *P*.

Que todo vaya bien en un experimento significa que éste ocurra tal como ha sido planificado y que, por esa vía, se genere causalmente la creencia que *P* si y solo si *P* es el caso. A pesar de que existen posibilidades de que *no todo vaya bien en el experimento*, debido a que, por ejemplo, el científico duda en último momento que *P* es un dato concluyente, o el computador se *vuelve loco*, o la persona que realiza el

² La receptividad juiciosa debe ajustarse a condiciones *ceteris paribus*, esto es, Juan no creería que son las tres de la tarde si alguien le dijera la hora en el año 300 a.C. con un día nublado.

experimento no cree que *P* porque es obstinada, Fodor afirma que éstas son “inclinaciones a las que está afecta la carne” y que “este no es un artículo acerca del escepticismo, sino de cómo la ciencia trabaja” (Fodor 1991, p. 205).

En este sentido, tanto la tesis de Goldman acerca de los procesos causales confiables de generación de creencias, como la fodoriana de los experimentos como inductores causales de creencias, suscitan dudas respecto de la posibilidad de que *la epistemología se trague al escepticismo sin sufrir una fuerte indigestión con éste*. Ciertamente, a pesar de las irónicas palabras de Fodor con respecto al escepticismo, coincido con Kim en que una de las labores centrales de la epistemología contemporánea, sea ésta de índole naturalizada o no, es la justificación del conocimiento y la consecuente refutación del escepticismo. La refutación debe ser lo suficientemente sólida para que no quepan posteriores dudas respecto del estatuto de conocimiento de un conjunto de creencias. Por ello es conveniente revisar críticamente si las perspectivas de Goldman y Fodor son lo suficientemente potentes contra los argumentos del escepticismo.

Goldman reconoce que existe un problema con respecto a la disponibilidad de los procesos causales de creencias. A pesar de su distinción entre justificación *ex post* y *ex ante*, de todas maneras resulta conveniente analizar las implicancias envueltas en ésta. Para ello es necesario tener presentes las interrogantes que se plantea al respecto:

“¿Qué significa que un proceso esté ‘disponible’ a un sujeto cognoscente? ¿Estuvieron los procedimientos científicos ‘disponibles’ a las personas que vivieron en etapas pre científicas? Más aún, parece implausible afirmar que toda la evidencia ‘disponible’ debería ser usada, al menos si incluimos procesos tales como aquellos que reúnen nueva evidencia ... Esto es, reconocidamente, algo vago, por lo que es apropiado mostrar la misma vaguedad por parte de nuestro *analisans*” (Goldman 1979, 126-127).

Sin duda, la vaguedad de la teoría en cuanto a la disponibilidad de procesos confiables de generación de creencias lleva a preguntarse en qué grado los procesos causales de generación de creencias son realmente confiables. En tal sentido, *confiable* alude a recuento probabilístico de los procesos causales de generación de creencias. Sin embargo, tal confiabilidad podría considerarse *sincrónica a la disponibilidad de procesos causales de generación de creencias*, pues forma parte del desarrollo de una época determinada de la investigación científica. Sin duda, la comunidad científica actual podría enumerar un número finito de procesos causales confiables para la generación de creencias. No obstante, bajo la perspectiva de un análisis *diacrónico* de los procesos causales, buena parte de aquellos que fueron considerados confiables, con posterioridad fueron abandonados debido a su inexactitud o simplemente, porque conducían a creencias radicalmente falsas.

Tómese el siguiente ejemplo histórico: un maestro medieval, para probar a sus discípulos la inmovilidad de la tierra, lanzaba desde una torre un objeto pesado. Como la piedra mostraba una trayectoria vertical, concluía, entonces, que la tierra permanece inmóvil, pues, de otra forma, el objeto pesado mostraría una trayectoria diagonal.

Este proceso, que podría ser catalogado de ‘confiable’ en aquella época, parece totalmente absurdo en la actualidad.

Así, es posible establecer que la confiabilidad es una propiedad *contingente* de los procesos causales de generación de creencias, ya que procesos que se consideraran actualmente confiables podrían no serlo en algún mundo posible. De hecho, una rápida mirada retrospectiva, que analice ejemplos como el del maestro medieval, muestra que muchos procesos considerados confiables dejaron de serlo y fueron, por consiguiente, reemplazados por otros procesos causales que entrañaban nuevos tipos de experimentos. La confiabilidad es, por consiguiente, una propiedad que está afectada a la dinámica y cambio de las teorías científicas.

Dado lo anterior, la teoría fodoriana de los experimentos científicos muestra la misma debilidad argumentativa. Fodor, ante las inclinaciones a las que *está afectada la carne*, esto es, ante la posibilidad de dudar de la confiabilidad de los experimentos, recurre a la tesis metafísica del realismo científico. De acuerdo con ésta, los científicos son gente seria que gasta su tiempo en desentrañar los misterios que gobiernan las leyes de la naturaleza. Por ello, los términos teóricos de la ciencia poseen referentes en el mundo, siendo las teorías científicas verdaderas o falsas. Los resultados experimentales son cualquier dato, observable o no, que pone a prueba la verdad o falsedad de una teoría, generando causalmente el resultado experimental si y solo si se da este resultado en el mundo. Sin embargo, la novedosa propuesta fodoriana acerca de los experimentos y su tesis realista metafísica esconde el siguiente argumento circular (González 1997): las creencias son producidas causalmente porque son verdaderas, a su vez, son verdaderas porque son producidas causalmente.

Por otra parte, tal como se esbozaba en la crítica a la perspectiva confiabilista de Goldman de la sección previa, la generación causal de creencias mediante procesos confiables se refiere a eventos cognitivos y no a estados causales *fuera del organismo*. Su explicación naturalizada, aunque no pretende ser exhaustiva respecto de cómo la creencia justificada, expresada en términos de eventos cognitivos, es verdadera, suscita nuevamente dudas respecto de cómo existen procesos confiables de generación de creencias *verdaderas*. La vía teórica por la que opta Goldman permite la justificación de creencias, pero no permite explicar de manera suficiente cómo es que éstas pueden ser verdaderas. En efecto, a pesar de los sucesivos pasos efectuados para concebir una teoría de la creencia verdadera justificada a través de procesos causales confiables, es necesario que tal teoría aluda a la evaluación semántica de las creencias, pues, de otra forma, se arriesga nuevamente a caer en el argumento circular entre causalidad y verdad. Cuando se afirma que los procesos son confiables en tanto producen causalmente creencias verdaderas la mayor parte de las veces, necesariamente se debe determinar de qué manera los *outputs* son suficientemente reveladores del *input magro* y quedar, de esta forma, justificados.

Incluso, a pesar de la insistencia de Goldman en que los eventos cognitivos a ser evaluados ocurren en el sistema nervioso del organismo, de todas formas no es posible eludir las interrogantes semánticas que presupone la generación causal de creencias porque hacerlo sería permitir entrar nuevamente por la ventana al escepticismo. Ciertamente, este punto conduce a formularse cuestionamientos, de orden

metafísico, sobre la propiedad que supuestamente ostentan algunos procesos, a saber, la propiedad de ser confiables. Incluso, al ser calificados como tales, Goldman incurriría en una contradicción, pues los procesos causales que se considerasen confiables serían tales en virtud de que trascenderían *más allá de los confines de los procesos cognitivos del sujeto cognoscente*. Por lo tanto, supuestamente el sujeto podría conocer significativa y verdaderamente la causa del *input* ambiental. Esto último claramente sería discutible para el escéptico, ya que no es posible demostrar que las creencias adquiridas mediante procesos causales confiables son suficientemente reveladoras del *input* que las ha generado. En efecto, tal afirmación sería, en términos kantianos, la posibilidad de acceso ilimitado a la cosa en sí.

Esto último lleva a cuestionarse, tal como hace Stroud, la posibilidad de que una versión psicologista dura de la epistemología naturalizada logre resolver el problema del escepticismo. Ciertamente, Quine propone que la refutación del escepticismo debe efectuarse en términos estrictamente científicos, esto es, expresados a través de *inputs* y *outputs*. Esta pregunta, entonces, debe resolverse de la misma forma que cualquier pregunta acerca de la naturaleza del conocimiento y de su justificación, es decir, científicamente. Sin embargo, la resolución de este agobiante problema cae fuera de los límites de la actividad de la ciencia, debido a que la propia concepción del conocimiento en términos de *input* magro y *output* torrencial es una teoría naturalizada científica acerca de la cognición humana. Frente a esto, un escéptico radical, mediante *reducción al absurdo*, podría estimar que esta teoría es falsa o, al menos, en tanto pusiera en duda la existencia del mundo externo, que es absolutamente dudosa.

Esto último recuerda la propuesta de solución de Carnap (1956) al problema de las entidades abstractas, su teoría de los Marcos Lingüísticos. De acuerdo con esta teoría, un marco lingüístico es un conjunto de reglas que permite formular válidamente preguntas y respuestas, lo que genera una distinción entre preguntas internas y externas. Las primeras son todas aquellas preguntas que pueden responderse a través del marco lingüístico y de sus reglas. Las segundas, en cambio, son preguntas que cuestionan la existencia misma del marco lingüístico y que, por tanto, no pueden ser respondidas de acuerdo con las reglas del marco. Por ejemplo, dado el marco lingüístico *lenguaje-cosa*, resulta sumamente provechoso preguntar si el papel sobre el que está escrito este artículo es blanco. En cambio, no tiene sentido preguntarse si existe el mundo externo. La aceptación o rechazo de un determinado marco es una cuestión de índole práctica, es decir, debe ser evaluada en términos de la necesidad, pertinencia, eficacia y economía argumentativa. En consecuencia, este filósofo, al igual que los empiristas lógicos, considera absurdo preguntarse acerca de la existencia del mundo externo. Análogamente, el problema del escepticismo parece ser una pregunta externa y, por lo mismo, una cuestión que no puede responderse en términos científicos, pues cuestiona críticamente la posibilidad de cualquier conocimiento, incluido el científico.

Dados los problemas que presenta la argumentación naturalizada en su enfrentamiento con el escepticismo, queda claro que solo logra tragarse la parte más radical de éste, a saber, la afirmación de la *imposibilidad del conocimiento*. Ciertamente, a pesar de que la justificación confiabilista es probabilística, es claro que la

incertidumbre respecto de algunos procesos es relativa, no absoluta: no puede afirmarse de manera radical que todos los procesos causales siempre son inseguros. ¿Significa esto que debe abandonarse la epistemología naturalizada y volver a los análisis a priori de condiciones necesarias y suficientes de la existencia de conocimiento? La teoría de Goldman muestra, en este sentido, que ciertamente existen procesos que generan creencias verdaderas *la mayor parte de las veces*. Esto, no obstante, no significa que exista un proceso que permita la adquisición de la vieja, pero no por ello menos anhelada, certeza epistemológica, ya que incluso en uno de los ámbitos considerados confiables por excelencia, la experimentación científica, es posible que se produzcan creencias justificadas, pero falsas.

Sin embargo, a pesar de los problemas que presenta la línea psicologista para justificar las creencias, no cabe duda de que los aportes que pueda hacer la ciencia son valiosos y que podrían eventualmente ayudar en la tarea de la justificación epistemológica. La epistemología, por lo mismo, ya no puede ser concebida aisladamente para justificar el conocimiento, sino que debe contar con la participación de toda disciplina que se aboque al estudio de la cognición humana, incluida la ciencia.

¿Vale entonces la pena responder la pregunta radical respecto del escepticismo? Quine ciertamente piensa que sí, ya que dicha pregunta debería responderse en términos científicos. Carnap, en cambio, considera que no es útil ni filosóficamente rentable siquiera intentar la refutación del escepticismo porque ello conduciría a una pregunta externa que no puede ser respondida, incluso por el poderoso marco lingüístico de la ciencia. Tal panorama parece poco alentador para la epistemología porque, desde este punto de vista, las preguntas filosóficamente productivas serían exclusivamente aquellas que pueden ser respondidas por los marcos lingüísticos útiles y productivos. Una cuestión es cierta, en todo caso, a pesar de que existe conocimiento científico, es una cuestión metafísica, que involucra una decisión pragmática, la pregunta por la confiabilidad de los procesos causales de generación de creencias.

Si alguien decide aceptar este reto puede contar con la ayuda de la ciencia y de toda disciplina que intente una justificación descriptiva del conocimiento. No obstante, con ello no se garantiza que se logre refutar de manera definitiva el problema planteado por el escepticismo. En este sentido, conviene recordar la sana distinción de Fodor (1991, p. 200) entre los puzzles de la cognición y las implicaciones metafísicas que entrañan las posibles soluciones de estos: *aquello que Dios puso aparte que ningún hombre lo junte*. La epistemología debe abocarse al problema de la cognición; la metafísica a la naturaleza esencial del conocimiento y a la eventual refutación del escepticismo desde un punto de vista a priori. Por lo mismo, cada filósofo debe asumir las consecuencias que conlleva, esto pues no es posible garantizar el éxito de tal aventura.

Referencias bibliográficas

- Ayer, A. J. (1956), *El Problema del Conocimiento*. Buenos Aires: Eudeba.
Ayer, A. J. ed. (1959), *El Positivismo Lógico*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Boyd, R., Gasper, P., Trout, J.D. eds. (1991), *The Philosophy of Science*. Cambridge: MIT Press.
- Carnap, R. (1932), "La Eliminación de la Metafísica mediante el Análisis Lógico del Lenguaje" en Ayer, A. J. Ed., (1959), *El Positivismo Lógico*, México: Fondo de Cultura Económica. 66-87.
- Carnap, R. (1956). "Empiricism, Semantics and Ontology" en Boyd, R., Gasper, P., Trout, J.D, eds. (1991), *The Philosophy of Science*. Cambridge, Mass.: MIT Press. 85-97.
- Chisholm, R. (1957), *Perceiving: A Philosophical Study*. New York: Cornell University Press.
- Chisholm, R. (1977), *Theory of Knowledge*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Descartes, R. (1641), *Las Meditaciones Metafísicas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1974.
- Fodor, J. A. (1991), "The Dogma that Didn't Bark" (A Fragment of *Naturalized Epistemology*) en Kornblith, H., ed., (1994), *Naturalizing Epistemology*. Cambridge, Mass.: MIT Press. 191-216.
- Goldman, A. (1979), "What is Justified Belief?" en Kornblith, H. (ed., 1994), *Naturalizing Epistemology*. Cambridge, Mass.: MIT Press. 105-130.
- González, R. (1997), *La Modularidad de la Mente: Observación – Teorías*. Publicaciones Especiales del Departamento de Filosofía, Serie Documentos del Grupo Cognición y Praxis (Ensayo), N° 67, Vol. 11. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- González, R. (1998), *Interpretación Radical y Holismo del Contenido*. Publicaciones Especiales del Departamento de Filosofía, Serie Documentos del Grupo Cognición y Praxis (Ensayo), N° 76, Vol. 18. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Gettier, E. (1963), "Is Justified True Belief Knowledge?" en *Analysis*, 23: 121-123.
- Kant, Immanuel (1781), *La Crítica de la Razón Pura*. Buenos Aires: Losada.
- Kim, J. (1988). "What is 'Naturalized Epistemology'?" en Kornblith, H. (ed., 1994), *Naturalizing Epistemology*. Cambridge, Mass.: MIT Press. 33-55.
- Kornblith, H., ed. (1994), *Naturalizing Epistemology*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Kuhn, T.S. (1962), *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Neurath, O. (1932), "Proposiciones Protocolares" en Ayer, A. (ed., 1959), *El Positivismo Lógico*. México: Fondo de Cultura Económica. 205-214.
- Quine, W.V.O. (1960), *Word and Object*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Quine, W. V.O. (1969), "Epistemology Naturalized" en Kornblith, H. (ed., 1994), *Naturalizing Epistemology*. Cambridge, Mass.: MIT Press. 15-31.
- Quine, W.V.O. (1969), *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia University Press.
- Quine, W.V.O. (1975), "The Nature of Knowledge" en Guttenplan, S. (ed., 1975),

- Mind and Language: Wolfson College Lectures*. Oxford: Oxford University Press.
- Stich, S. (1990), *The Fragmentation of Reason*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Stroud, B. (1984), *El Escepticismo Epistemológico y su Significación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Schlick, M. (1932/33). "Positivismo y Realismo" en Ayer, A. J., ed. (1959), *El Positivismo Lógico*. México: Fondo de Cultura Económica. 88-114.
- Schlick, M. (1934). "Sobre el Fundamento del Conocimiento" en *El Positivismo Lógico*. Ayer (ed.). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. 215-232.

Resumen / Abstract

El confiabilismo, una de las más importantes teorías epistemológicas naturalizadas, intenta una justificación del conocimiento basándose en una explicación epistemológica naturalizada que da cuenta de la generación causal confiable de creencias. Así, esta teoría parece ser la solución a los argumentos del escepticismo. Sin embargo, este artículo sugiere numerosos problemas como, por ejemplo, de qué modo los experimentos pueden producir creencias justificadas, pero falsas. Este problema, entre otros descritos, sugiere que la epistemología naturalizada no puede responder la pregunta radical planteada por el escepticismo, puesto que no es un dilema científico, tal como Quine pensaba, sino que entraña un dilema metafísico y, en consecuencia, una decisión práctica: enfrentarlo o rechazarlo como un pseudoproblema.

Reliabilism, one of the most significant naturalized epistemological theories, is an attempt to justify knowledge on the basis of causal reliable procedures. This theory also seems to be the solution for the skeptic claims. However, as this paper suggests, this theory involves many problems; among others, how experiments could cause justified but false beliefs. This difficulty may reveal that naturalized epistemology cannot answer the radical question of skepticism, because it is not a scientific issue. As Quine thought, it implies a metaphysical puzzle. Thus every philosopher should face a practical decision: to admit it or to discard it as a non-sense question.